

IV

Otra manera de amar

Desde el banco de césped donde estaban sentadas Angélica y Nina, se distinguía perfectamente el perfil del recién llegado, cuya frente se hallaba en plena luz.

Era un hombre joven todavía, que mirado de lado al resplandor que despedían los jardines, presentaba en su cráneo escasos cabellos.

Su ademán daba á conocer claramente que no sospechaba de las miradas fijas en él, y que se había colocado allí de observación.

—¿Conoces á ese hombre?—preguntó Angélica.

Nina hizo con la cabeza una seña afirmativa.

En este momento se oía afuera un gran ruido. De repente salió una sombra de los caminos transversales que cortaban la senda principal de la gruta.

El otro se puso apresuradamente la máscara, porque acababa de apoyarse por detrás una mano sobre su hombro.

Angélica oyó distintamente estas palabras:

El hierro es fuerte y el carbón negro...

El emboscado respondió en voz baja, y ambos se alejaron precipitadamente.

En el instante en que el segundo de estos dos personajes penetraba en la luz á la vuelta del camino, Angélica pudo reconocer al señor intendente de policía, Andrés Visconti Armellino.

—¿Qué significa esto?—preguntó.

—Esta noche, contessina—respondió su compañera—verás muchas cosas que te parecerán inexplicables.

—Creo haber reconocido en uno de esos hombres al señor intendente de policía.

—Cierto.

—¿Y el otro?

—El otro es un hombre que quiere vengarse.

—¿De quién?

—De ti... de mí... de todos los que aman al príncipe Fulvio Coriolani.

—Ruégote que te expliques, Nina—exclamó la condesa.

—Deja marchar las cosas y no temas, pues en la actualidad no me es posible revelarte el misterio que te rodea. Te hallas en tu casa, en tu magnífico palacio, condesa, y sin embargo eres esclava y prisionera. Tu destino y el de muchos otros van á decidirse esta noche. Pero tú nada puedes, tenlo entendido, ni para atacar ni para defenderte. En esta extraña tragedia cuyo prólogo ha pasado lejos de aquí, y cuyas últimas peripecias tendrán lugar esta noche á nuestra vista; tú no tienes papel. Eres como esas princesas de los cuentos de hadas siempre en peligro, pero siempre defendidas por genios benéficos que velan á su alrededor.

—¿Oyes?—exclamó Angélica enderezándose para escuchar.

El rumor que al exterior se oía, iba en aumento.

Nina también aplicó el oído.

—Todavía no es el príncipe—dijo;—son noticias que vienen de Castello-Vecchio.

—¿Qué noticias? ¿las sabes tú?

—Sé lo que todo el mundo repite—replicó Nina;—se dice que el príncipe Coriolani ha sido asesinado bajo el puente de la Madalena...

Angélica tornóse pálida como una muerta.

Nina se echó á reír.

—Para que mi querido hermano Coriolani caiga, se necesita un puñal asestado por una mano de gigante.—exclamó levantando la cabeza altivamente.—¿Cuántos de esos enanos que nos rodean no

se necesitarían para combatir á aquel á quien los paganos hubiesen adorado como un Dios! Al pasar mi carruaje entre la muchedumbre he bajado los cristales para echarles mi bolsa y les he dicho: Esto da el príncipe Coriolani á sus buenos amigos de Nápoles para probarles que no está muerto.

—¿Dónde se encuentra?—me preguntaron.

—En el palacio Doria—he respondido,—donde firma su contrato de esponsales con la contessina Angélica.

La joven condesa la cogió por los brazos

—¿Eso has hecho?—le dijo.

—De manera que—continuó Nina imperturbable,—á estas horas todo Nápoles cree que se firman aquí los esponsales bajo los auspicios del rey y del príncipe real.

Luego se interrumpió, y dirigiéndose directamente á su compañera añadió:

—¡Oh! á tu potente hermano le costará trabajo vencernos. El pueblo y la corte están por nosotros, y algunos envidiosos que conspiran en la obscuridad nos ofrecerán tarde ó temprano ocasión de empeñar la batalla ya ganada de antemano.

—Pero vosotros declaráis la guerra á Loredano, que es mi hermano—murmuró Angélica.

—¡Que se case con su bella desconocida!—replicó Nina;—ahora están de moda los casamientos desiguales, y tú, condesa, ¡te enlazarás desigualmente con un príncipe!

De súbito Nina sonrió amargamente y murmuró:

—¡Ya me parece que Fulvio tarda mucho!

En las mejillas de Angélica asomó una ligera palidez.

—Al partir—repuso ésta,—el príncipe me ha dicho: «Mañana lo sabrás todo.» Y tú que hasta el presente mes has aguardado con inquietud, empujando á temer á tu vez.

—¡Oh!—dijo Nina,—yo no tengo miedo!... Todo lo que él hace está bien hecho... Si hay combate, tanto mejor; Fulvio vencerá.

—¿Combate?—repitió Angélica.

Pero la caprichosa Nina no se hallaba con humor de explicarse; así es que volvió á poner su trigüeña cabeza entre las rodillas de su amiga, y tarareó por segunda vez el dulce canto de las madres de Sicilia, balanceándose como un niño á quien se quiere hacer dormir.

Duerme, del corazón pequeña flor,
Perfume del jardín de nuestro amor.
Retrato del padre, etc.

—Pero ¿por qué me has dicho aquello?—interrumpióse levantando la cabeza bruscamente.

—¿Qué?—preguntó Angélica.

—¿Por qué me has dicho que sólo él podía salvarte?

Los rasgados ojos negros de Nina se fijaron curiosos y brillantes en los de Angélica.

Esta bajó los párpados y asomó en sus mejillas un ligero carmín.

—¿Yo he dicho eso?—tartamudeó.

—¡Sí, por cierto! y te estaba preguntando de qué necesitabas ser salvada, cuando de repente apareció el doctor.

—¿Qué doctor?—preguntó Angélica en lugar de responder.

—El hombre que ha jurado matar á Fulvio.

—¿Y estás tan tranquila hablando de ello?—exclamó la bella Doria estremeciéndose.

—Los que han hecho juramento son veinte—replicó Nina en tono desdeñoso,—veinte que morirán de despecho. Pero respóndeme, respóndeme pronto.

Angélica no contestó inmediatamente. Su hermoso rostro revelaba un terrible desasosiego.

Quería hablar y no se atrevía.

Tenia necesidad de desahogar su pecho, y alguna cosa le cerraba la boca.

—¿No tienes confianza en mí, condesa?—dijo Nina ofendida.

La Doria guardó silencio.

De súbito se cubrió el rostro con sus bellas manos y sus ojos brillaron inundados de lágrimas. Nina le pasó sus brazos alrededor del cuello.

—¡Querida mía!—le dijo;—tierna y buena como una cariñosa madre, no llores, tú serás feliz... te juro que serás feliz.

—¡Ah! Nina—tartamudeó Angélica cuya voz interrumpían los sollozos,—¡si tú supieses!

—Dímelo todo, pronto.

—No puedo. No, jamás me atreveré

—¡Querida mía!

Y medio sonriendo continuó:

—¡Se diría que tienes algo grave que pesa sobre tu conciencia!

A estas palabras Angélica ocultó su ardiente cabeza en el seno de su amiga.

—¡Nada tengo de qué acusarme!—exclamó como para rechazar una acusación que la hería en lo más vivo del alma:—¿sé acaso lo que en mí pasa? ¡yo estoy loca!

—Pero ¿qué es lo que tienes, condesa?—dijo Nina asustada al fin.

—Ella tiene un hermano...—murmuró Angélica en voz tan baja que apenas podía oírse.

—¡Un hermano!—repitió Nina comprendiendo tal vez su idea, pero dudando de su propia inteligencia;—¿cómo, un hermano?

—Esa joven...—murmuró otra vez Angélica ocultando su voz en los pliegues del vestido de Nina.

—¿Qué joven?

—Ya sabes de quién hablo.

—¿De la joven que vive en casa de los Folgueri?

—Sí.

Este sí se perdió en el florido césped.

Hubo un momento de silencio.

Angélica sintió latir el seno de su amiga y levantó la cabeza.

—¡No le amo!—exclamó,—¡no! estoy dispuesta á jurarlo. ¿Cómo le he de amar si pertenece á Dios? No le amo, pero soy muy desgraciada.

Sus párpados se inclinaron ante la mirada de Nina que expresaba una profunda sorpresa.

—¡Ah!—dijo ésta—¡no le amas!

Luego con cierta especie de indignación severa, porque la idea de una rivalidad cualquiera entre Coriolani y otro hombre sublevaba su corazón, añadió:

—Pero ¿á él... á él... á Fulvio?

—¡Oh! á él le amo—exclamó Angélica,—estoy segura de ello. Y hace mucho tiempo que le amo. ¿Sabía yo siquiera que el corazón latiese, antes de haberle visto? Me acuerdo que se dirigió á mí durante un vals, en el cual me mecía como en un sueño. Nada veía y el baile pasaba ante mis ojos como un confuso ensueño...

A mi lado estaba Malatesta, diciéndome que era bella.

Las palabras que salían de los labios de Malatesta, yo las ponía en la boca de ese hombre que se adelantaba hacia mí, pálido y altivo como un héroe de las antiguas leyendas.

Sus ojos estaban fijos en los míos, y por sus rayos toda su alma pasaba á la mía, para robármela, Nina, para robar mi pobre alma de niña, para llevársela, para dejarme yo no sé qué vacío doloroso que su presencia cambia en alegre plenitud.

No me acuerdo de más. ¿Hablóme? ¿Para qué me había de hablar? Sus ojos habían enseñado á los míos un lenguaje desconocido y mudo.

¡Oh! ¡ya sabía él que le pertenecía!

Se me llevó como una presa. Todavía me parece estar viendo la mirada de odio que le lanzó Malatesta.

Yo quería á Malatesta como á un hermano; nos habíamos criado juntos. ¡Pero ahora le aborrezco!

Cuando oigo aquel vals, me siento desfallecer.

Mi corazón le alberga á pesar mío... Nina, créeme, ¡le amo! ¡le amo!

Mi cabeza se apoyaba sobre su hombro. Sentía los latidos de su corazón. ¡El mío quería salir del pecho! Una vez el soplo de su aliento pasó por mis cabellos.

Sus brazos entonces me sostuvieron, porque me desvanecía moribunda.

Nina enjugó su frente bañada en sudor.

Un suspiro profundo dilató su pecho.

—Tú le amas—dijo ella, como si se dirigiese á sí misma.—Hay en ti lo que yo no sospechaba. Hasta ahora jamás me habías mostrado el lado ardiente de tu corazón.

—¡Nada!—repuso Angélica;—ni una palabra; concluido el vals no volví á verle. Un mes después, al atravesar juntos el estrecho de Mesina en un mismo batel, me dijo: «—Si Dios me ayuda, querida mía, mi esposa, tu vida será un paraíso.» Desde entonces quedamos comprometidos delante del Señor. El es mi dueño y toda mi esperanza la cifro en él.

—Si amas así—dijo Nina,—¿cómo alma tan bella y ardiente como la tuya, querida, piensa en el hermano de la joven de quien me has hablado?

—Porque sufro, Nina, porque hay en mí alguna cosa incomprensible y fatal. La ausencia de Fulvio me deja sin defensa. Cuando no lo veo, dudo de él y de mí.

—Explicáte.

—Hace poco que te he dicho—murmuró la bella

Doria con melancólica sonrisa,—¿qué te comprendía y que quizá luego tú no me comprenderías á mí. ¿Cómo explicarte lo que es inexplicable?

—Tú hablas de duda.

—Sí, de duda. Por medio de esta palabra podrás quizá llegar á mi pensamiento. A ese Fulvio á quien amo no le conozco; tampoco te conozco á ti, mi más querida amiga. Cuando no le veo, tengo miedo; ese pasado misterioso me espanta, á lo menos la parte que conozco: esta vida de amores pasajeros y locas pasiones.

—¿No es un hermoso destino—interrumpió Nina,—ser la salud de esa grande alma extraviada?

—¡Oh! sí, por cierto, y Dios es testigo de que en ello cifro mi consuelo y mi orgullo; pero tú no me has comprendido aún, Nina.

—He comprendido todo lo que has dicho, condesa.

Estas palabras fueron pronunciadas con acento frío. Y como Angélica callaba, Nina repuso:

—Si es necesario adivinar...

—No, no—interrumpió vivamente Angélica;—lo único que te pido es que tengas piedad de mí; tú no sabes lo que estoy sufriendo.

A su vez Nina permaneció silenciosa.

—¡Pues bien!—continuó la bella Doria enjugando sus ojos con cierta especie de melancólica resolución;—hablaré; yo he visto á esa joven y soy de tu parecer; es más bella que tú y que yo, porque hay en medio de su candidez no sé qué divino atractivo. La ví una noche en el hospicio de pobres de San Genaro; pregunté quién era, y me dijeron: «La hermana del santo joven.»

—¡Ah!—exclamó Nina.

—No te chancees—le dijo Angélica;—no sufriría una chanza que pudiese zaherirle.

—¡Oh!—replicó Nina de un modo diferente.

—Cuando me respondieron «es la hermana del santo joven...»

—¿Le quisiste ver?

—Esta es la verdad. En el instante en que me lo mostraron estaba arrodillado cerca de la balastrada, sus largos cabellos rubios, alisados hacia las sienas, caían abundantes sobre su pobre sotana. Desde luego me ocurrió comparar á aquel seminarista modesto, dulce y tranquilo; cuya alma no abrigaba más que pensamientos piadosos, con el brillante caballero que debe ser mi esposo.

—Las comparaciones son peligrosas—murmuró Nina.

—Te engañas, hija mía, y te engañarás siempre que quieras chancearte, mi corazón estaba tranquilo mientras hacía esta comparación. Sólo me dije: «—Hay personas que tienen su paraíso ya en este mundo.»

—¿Cuál de los dos tiene el paraíso?—preguntó Nina.

Angélica quedó al pronto cortada. Evidentemente, en su pensamiento primero, esta palabra *paraíso* se aplicaba á la brillante existencia de Fulvio Coriolani.

—Tienes razón—replicó ella,—es una cuestión difícil, y ahora que pienso bien en ello, voy más lejos, y te digo que no es ya una cuestión. El otro tiene manifiestamente ventaja, tanto aquí abajo como allá arriba.

Nina se mordió los labios

—Déjame hablar—repuso Angélica;—¿sabes por qué le llaman el santo joven? porque pasa todas las noches á la cabecera de los pobres enfermos. Cada noche se le ve dejar su humilde aposento para ir al hospital. A su llegada huye el ángel malo y queda el bueno; y cuando la muerte no quiere ceder su presa á sus ardientes oraciones,

las almas que vuelan al cielo se van consoladas y reconciliadas.

—¡Excelente!—dijo Nina;—¿quién te ha contado esto?

—Un alma salvada, una pobre vieja mendiga que le debe su salvación.

La voz de Angélica se hizo más dulce y un velo de tristeza cubrió su hermosa frente.

—Como ya te he dicho—continuó,—ese joven se hallaba arrodillado cerca de la balastrada del coro, vuelto de espaldas á mí. De pronto dió la hora, despertóse de su éxtasis y se volvió.

—¿Era hermoso?—preguntó Nina.

Angélica estaba pálida y su voz temblaba.

—¿Me preguntas si era hermoso?... ¿Cómo era Fulvio, el hombre más bello que haya visto en mi vida, en sus días de cándida adolescencia? Tú lo sabes, Nina, dímelo.

Nina sonrió y sus ojos brillaron

—La cabeza de Sanzio sobre el cuerpo de Meleagro—dijo ésta.

—Mira bien al santo joven si le encuentras á tu paso—repuso la Doria;—mira á Julián...

—¡Ah!—exclamó Nina,—¿sabes su nombre!

—Sí—respondió sencillamente Angélica;—no le he oído más que una vez, pero nunca le olvidaré. Mira á Julián y verás lo que yo he visto: la fisonomía de Fulvio rejuvenecido: la fisonomía de Fulvio, no embellecida, sino suavizada y coronada de una seráfica aureola. Es Fulvio adolescente Fulvio tímido y puro. ¡Escucha! si fuese posible que mi corazón latiese por un joven dedicado los altares, Fulvio sería aún la causa de mi desgracia, porque en él amaría á Fulvio.

Nina ya no se reía. Sus párpados medio cerrados velaban los rayos de sus grandes ojos negros.

—¿Es esto todo?—preguntó ésta.

—No, no es todo—respondió Angélica;—Julián

30120

también me vió. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se tambaleó como si le hubiesen herido en el corazón; detúvose; se apoyó en una columna, luego bajando los ojos y más pálido que el mármol de las estatuas, desapareció.

—¿No hay más?

—Todavía... Despertóse en mí un recuerdo, no era la primera vez que le veía. Cuando en este último año volvimos de las Calabrias, estando en el mesón del Corpo-Santo...

—¿Sería él!—exclamó Nina.

Angélica la miró sorprendida.

—No abras así los ojos, contessina—continuó Nina tomando su aire jovial;—mi cariño hacia ti no data de hoy y nada ignoro de lo que te concierne. ¿Sería él quien hizo fuego sobre los asesinatos? —El no, su hermana.

—¡Oh! ¡he ahí un santo joven y una bella heroína que deben llamar nuestra atención!—dijo Nina hablando consigo misma.

Después, tomando las manos de Angélica entre las suyas, continuó alegremente:

—Todas las jóvenes tenemos un día al menos de locura. Tú estás en ese día, mi bella condesa, yo soy quizás trivial, pero tú debes saber una fábula en que se pinta á un perro dudoso entre su presa y la sombra de ésta. El perro suelta la presa y tiene de qué arrepentirse, porque no puede coger la sombra...

Las dos se estremecieron, quedando Nina con la palabra en los labios.

La gruta resonó á un súbito estruendo.

Acababan de estallar fuera centenares de detonaciones que repercutían y llenaban las paredes subterráneas.

—¡Ya empiezan los fuegos artificiales!—exclamó Nina levantándose;—no debían dispararse hasta la llegada del rey: ¡el rey, pues, está aquí!

—¿Y Fulvio?

—Fulvio sin duda te busca, ven: apresurémonos. Cogiéronse ambas de la mano y se dirigieron hacia la entrada de la gruta.

Cerca de esta abertura estaba un hombre de pie. Angélica le reconoció por el individuo con máscara que se había acercado hacía poco á la gruta, donde se le uniera el intendente Visconti Armellino.

Al pasar por su lado, Nina le dijo con acento ligero y sarcástico:

—¡Salud al sabio doctor Pedro Falcone!

V

Los cien mil ducados de Peter-Paulos

Antes de dejar la gruta, las dos jóvenes se habían puesto sus máscaras.

El hombre á quien Nina acababa de saludar con el nombre de Pedro Falcone, permaneció completamente impassible.

—Te habrás engañado—dijo Angélica,—porque no se ha movido.

Nina soltó su brazo y adelantóse resueltamente hacia el desconocido.

—He de saber el sonido de su voz—murmuró ella.

Y cogiendo la mano del enmascarado, y siguiendo la práctica repetidas veces descrita, le dijo al oído:

—*El hierro es fuerte y el carbón es negro.*

Pero ni por ello obtuvo respuesta; solamente la máscara le mostró su mano, en la cual había una sortija de hierro. Nina retrocedió.

Al dejarle, volvióse pensativa hacia donde estaba Angélica y le dijo:

—Tienes razón; me he engañado

Pero añadió aparte:

—¡Y sin embargo es él! ¿qué ha sucedido? Es el médico de Bárbara Spurzeim... ¿habrá muerto Johann esta noche? ¿Le habrá robado su sortija del Silencio?

Quiso dirigirse otra vez á donde estaba la máscara, pero había ya desaparecido.

La luna en su último cuarto se elevaba deformada y truncada, como esas medallas medio carcomidas que se encuentran en los cimientos de antiguos edificios. Su disco irregular se mostraba á medias tras el monte Somma. Los vapores del Vesubio, que desde algunos días amenazaba irrupción, le daban un tinte sombrío y fúnebre.

Nina sintió que el brazo de Angélica apoyado en el suyo, se estremecía.

—¿Qué tienes, querida?—le preguntó.

La bella condesa señaló con el dedo el firmamento siniestro, murmurando:

—Parece que augura desgracias.

Nina le contestó con la siguiente reflexión:

—De la vida, débese contemplar sólo el lado brillante. ¿Qué importa un duelo que no se ve?

Apenas Angélica Doria y Nina se habían mezclado entre la muchedumbre, cuando se oyó en el camino subterráneo que comunicaba con la gorieta un ruido semejante al que produce el pavo real azorado.

Inmediatamente precipitose en esa misma gruta del Endymion una mujer vestida de color rosa, azul celeste, amaranto y naranja.

La perseguía un dominó alto como mástil de cucaña, dando enormes zancadas, y respirando con más fuerza que el fuelle de una fragua.

La mujer le llevaba un gran trecho de ventaja, el desgraciado dominó tropezaba á cada paso en los largos pliegues de su ropaje de seda.

En el momento en que iba á alcanzar á la fugitiva dejóse oír junto á ellos una carcajada repri-

mida, procedente de dos máscaras cogidas del brazo.

—¡Ese oficial!—exclamó Penélope ruborizada.

—¡Ese malhechor!—dijo por su parte Peter-Paulus Brown.

Los recién llegados profirieron juntos, armónica y gravemente, en puro inglés:

—*El hierro es fuerte y el carbón es negro.*

—¡Gentleman!—respondió Peter-Paulos con urbanidad,—vos desir une grande verity.

—¡Responded!—ordenó el más pequeño de los dos dominós, pero siempre en inglés.

—¡Mi querer bienne!—replicó Peter-Paulos,—faser la response; mi desir, gentlemen, vos formiular une incaustable verity.

—¿No sabéis más que eso?

—¡Oh! mi saber disir tute, gentlemen

—¿Lleváis el diamante?

—An la ocasión de mariament de milady con mí, haber comprado quinientas ochenta y seis li-
ver sterling de diamandés.

—*In is very most romantic and theatrical*—murmuró Penélope al oído de su cónyuge.

Este respondió:

—Mi suplicar vos de callarse en esta momento.

El hecho es que el momento era solemne.

Aquel de los dos dominós que tenía menor talla y que hablaba el idioma de Pope y Milton, levantó el dedo en actitud amenazadora.

—Todo esto es sospechoso—dijo severamente,—la asociación no tiene confianza en vos; y os advierto que en adelante todas vuestras acciones serán espiadas. Si tratáis de entregar el *pundjarub* á otras manos que las nuestras, os costará la vida.

—¡Mi querer bien dar el *pundjarub*!—exclamó Peter-Paulos lloriqueando,—y toda la superficie del Hindostani, mas mi súdito anglés y member de lle cotton's and internacional club, y desir post.

tively á mi gobernante que vos atentado á los días de mí y de milady. Mi querer sortir incontinentemente de este país abomineable.

—¿Quién os lo impide?—replicó el más chico de los dominós.

—¡Oh! ¡oh! mi ser libreur—dijo Peter-Paulos hinchando las mejillas y moviendo la nariz á derecha é izquierda como una veleta en día de viento variable,—y defender la libeury de mí, hious-te le último gotte de sangue... by got!

—¡Oh! ¡oh! ¡shocking!—dijo milady al blasfemo.

—Mi desir: ¡calleos vos en esta momento: estar hablando á los gentlemen!

Los dos dominós hablaron un instante á solas. El más chico cerró la discusión diciendo:

—Si queréis evitaros una desgracia, es preciso que nada divulguéis de lo que os ha acontecido esta noche. Aun cuando no seáis la persona á quien esperamos, también nos pertenecéis, supuesto que habéis adivinado parte de nuestros secretos. Volved á vuestra fonda para no volver á salir, y mañana el consejo os hará saber su voluntad.

Los dos dominós se retiraron con ese paso mesurado de los cómicos en las grandes circunstancias.

—Mi desir—exclamó Penélope,—que sido dramatic.

Peter-Paulos se dejó caer sobre el banco de césped para enjugarse el sudor que bañaba sus cabellos amarillos.

—¡Sido prodigieuse!—murmuró con desaliento; —les voyadjedores, les guidas, y les itinerarios ser muy criminal de haboar gardado silencio sobre los peligros de esta suprie paise. Mi desir vos milady, que vos callar. Mi querer reflexionar... formalmente.

Afuera había cesado el ruido de la fiesta. Los

fuegos de artificio habían apagado sus caprichosos juegos, y la glorieta reflejaba ahora, bajo un cielo obscuro, sus luces de colores.

En las calles de mirtos, naranjos y laureles rosas no se veía más que uno ú otro grupo. La mayor parte de los convidados estaban en los salones del palacio inmóviles y silenciosos.

Alguna cosa pasaba allí que hacía enmudecer á la par la voz suave de los instrumentos y las risas indiferentes de la muchedumbre.

Entre esas locas alegrías, la tragedia había mostrado su pálida faz y el placer huía azorado.

VI

El marqués de Malatesta

Ocho ó diez jóvenes, todos con su correspondiente máscara, se habían reunido en la sala llamada de Giorgione, donde hablaban en voz baja.

Agrupados en el ángulo más obscuro de la galería, al pronto no podía decirse lo que hacían.

¿Conspiraban? ¿Contra quién?

¿Acaso ensayaban, para valernos de una expresión teatral, alguna obra dramática?

Ello es que hablaban, gesticulaban, y parecía que verdaderamente se distribuían papeles. Uno de ellos, gallardo joven, á quien confirieran el papel principal, había separado las vueltas de su dominó y dejaba ver un traje tan rico como elegante.

Llamábanle los demás, marqués, y era fácil reconocer en él al misterioso conjurado que había hecho en el jardín este extraño juramento:

—No saldrá de aquí sino deshonrado ó muerto, aunque me cueste el honor ó la vida.

Eran todos jóvenes de la alta nobleza italiana, que después de haber bebido copiosamente al ano-